

*Con sus rojos capullos los rosales  
del sol iluminados, acrecientan  
la luminosidad del mediodía.  
Transportan penetrantes bocanadas  
los pomos del nenúfar, perezoso,  
cuyas pupilas entreabrió la aurora.  
Todo extita hacia ti mi afán ardiente,  
mi recuerdo tenaz, que no ha dejado  
mi pecho, por estrecho que se viera.*

Pero nada obtuvo, pues Walada no hizo cuenta de los versos de su antiguo amante y siguió unida a Abén Abdús.

Y aquí terminó la historia de los amores

de Aben Zaidún y Walada, cuyas vicisitudes sirvieron para la composición de una pieza de teatro moderna, impresa en El Cairo.

Como todo no había de ser malo, Aben Zaidún obtuvo por fin el perdón del rey-zuelo de Córdoba y pudo volver a su vida normal. Estuvo al servicio de un visir de esta ciudad, y después de pasar por distintas Cortes de Andalucía, permaneció hasta el fin de sus días en la brillante Sevilla, al servicio de Almutamid, el rey poeta y desgraciado, que le nombró su visir.

